

Los niños, constructores de esperanza en el mundo

Gabriel Castilla

Presbítero.

Hoy os ha nacido un salvador, Cristo Jesús (Luc. 2, 11)

Si crees que en este escrito vas a encontrar las grandes cuestiones, las certeras respuestas, la receta mágica para solucionar la problemática de tus hijos, las mil y una situaciones que se plantean en el ámbito escolar o en las relaciones con sus amigos... desde ahora te digo que no es ésa mi intención; es más bien expresar, comunicar vivencias, interrogantes, du-

das, esperanzas... Es más bien un buscar luz y caminar a oscuras, es tratar de encontrar fuerza y sentirte impotente, es un querer hacer y no saber cómo, es vencer la tentación de huir por una fuerza interior que me lo impide. Es, sobre todo, un deseo profundo de compartir (así no me sentiré solo) lo que me bulle por dentro, una llamada a las conciencias para así sentirme solidario contigo, padre o madre, y contigo, niño/a, chico/a, porque quiero y deseo trabajar y poner mi granito de arena para que seas, seáis esperanza del mundo.

¡Es posible! Y forma parte de mi credo. No creas que soy un ingenuo; abro los ojos y veo:

Niños de la guerra, del hambre y de la marginación. Ayer «y dio a luz a su hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, porque no habían hallado lugar en la posada» (Luc. 2, 6). Pero también hoy hay niños soldados, niños hambrientos merodeando y alimentándose en los basureros:

Carne de yugo, ha nacido más humillado que bello, con el cuello perseguido por el yugo para el cuello.

Empieza a sentir, y siente la vida como una guerra, y a dar fatigosamente en los huesos de la tierra. (Miguel Hernández)

Tiempo de Navidad, siempre es Navidad; pues la vida, la ternura, la esperanza, la denuncia no puede estar acotada a unos tiempos determinados; lee pausadamente esta nana de Alfonso Valverde:

Duérmete, niño mío, no veas la sangre,
que están cayendo bombas por todas partes,
Bombas y fuego, odio negro y metralla sobre tu cuerpo.
¡Cómo me dueles, niño, en las entrañas...!
me escaparé contigo por las montañas...
sobre la nieve, buscando un mundo nuevo
que ya amanece...

Niños de mi calle y de las calles de las grandes urbes, de mi plaza, de mi barrio y de mi pueblo: «Vino a su casa y los suyos no le recibieron» (Jn. 1, 11).



Niños trabajadores, esclavos por su hambruna de un inhumano sin escrúpulos y usurero:

Trabaja, y mientras trabaja
masculinamente serio,
se unge de lluvia y se alhaja
de carne de cementerio.
(Miguel Hernández)

Niños inmigrantes desplazados, en busca de una felicidad que se convierte en «patera a la deriva» o en chabola en un barrio marginal de una gran ciudad o pueblo. ¿Recuerdas esto?: «Levántate, toma al niño y a su madre y huye a Egipto» (Mt. 2, 13). Y hoy día sigue siendo así, ya sea por los caprichos de un dictador de turno o por los intereses de unos pocos en una economía globalizada. Lee estas estrofas de las «nanas de la patera»:

A la nanita, nana
Duérmete cielo,
La patera es chiquita,
grandes los sueños,
que Jesús y María
también se fueron
huyendo de un Herodes
al extranjero...
nosotros por el hambre,
él por el miedo,
nosotros en patera,
él en un jumento.
Cuando lleguemos, niño,
cuando lleguemos...
comerás pan de trigo
y hasta cordero...,
que es Navidad, mi vida,
y el Dios del cielo
sólo quiere una cosa:
que nos amemos...

Niños que están en la escuela (todos, casi todos, o casi ninguno, según dónde nos situemos). Para unos el problema es tener que ir, la disciplina, la calidad de la enseñanza... y aún así,

también existen los excluidos, los indeseados, los problemáticos; para otros es la falta de todo: escuelas, profesores, medios, recursos, leyes que les protejan...:

Nunca tuve zapatos,
ni trajes, ni palabras:
siempre tuve regatos,
siempre penas y cabras.

Me vistió la pobreza,
me lamió el cuerpo el río
y del pie a la cabeza
pasto fui del rocío.
(Miguel Hernández)

Niños abandonados: no son de nadie; sabemos que existen, que intentan sobrevivir como pueden: roban, se drogan... pero ¿quién pregunta, se interesa por ellos? Son los niños sin techo, viviendo a la intemperie. ¡Tampoco para ellos hay lugar en nuestras posadas!

¿Quién salvará este chiquillo
menor que un grano de arena?
¿De dónde saldrá el martillo
verdugo de esta cadena?
(Miguel Hernández)

Niños con su familia y en familia creciendo con el cariño y responsabilidad de unos padres, en el aprendizaje de la vida. También tienen sus dificultades, pero son más sus posibilidades de salir adelante.

Todos son niños: ése es el denominador común. Pero hay muchos factores que los diferencian. Pero mi propuesta es para todos los niños del mundo: son personas, criaturas de Dios, con sus valores, visión de las cosas y del mundo, con aspiraciones y sueños; no los estropeemos; ellos son nuestra esperanza y la esperanza del mundo, todos *tienen que ser la esperanza*. ¿Cómo? Si

cada uno de nosotros, creyentes y no creyentes, asumimos el compromiso de construir un mundo nuevo, basado en el respeto a la dignidad de la persona, en la justicia, en la libertad, en la solidaridad y en el amor. Arrimar el hombro: gobiernos, ONGs, asociaciones, cada uno en los ambientes donde se mueva y trabaje, la Iglesia (hacer de ella casa y escuela de comunión). A vosotros, padres y madres de familia os pido: no dimitáis de vuestra labor, callada y sacrificada, de poner ternura y corazón, responsabilidad y libertad en vuestro hogar. A los educadores: paciencia y pedagogía en los nuevos tiempos que vivimos. *Trabajar todos juntos, porque en esta tarea no hay suplentes... ¡Sí, es posible!*, no matemos estos gérmenes de esperanza que son los niños («Herodes se encolerizó y mandó matar a todos los niños...») (Luc. 2, 16), yo creo en la utopía, yo creo en el Reino de Dios.

Quiero terminar esta comunicación, este grito, esta plegaria pidiendo la palabra prestada de Fernando López:

Éste es un año
en el que no basta
con desear la paz,
hay que trabajar por ella.
Sea
nuestro vivir ponernos en camino,
nuestra cultura la no-violencia,
nuestra estrella el Evangelio,
nuestra fuerza la solidaridad,
nuestra confianza la bondad de la
gente,
nuestro mundo justicia, libertad y
paz,
nuestra oración saber amar y ser
amados.
«Dichosos los que trabajan por la
paz,
porque ellos serán hijos de Dios»
(Mt. 5, 9).